ISBN: 84-7770-634-4

VIDA ILUSTRADA DE LA VIRGEN MARÍA

Andrés Codesal Martín

VIDA ILUSTRADA DE LA VIRGEN MARÍA

VIDA ILUSTRADA
DE LA
VIRGEN MARÍA

Andrés Codesal Martín
y
José Codesal Rodríguez

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Editorial Apostolado Mariano
C/ Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

ISBN: 84-7770-634-4
Depósito legal: M. 1.445-2003

Impreso en España - Printed in Spain
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

PRESENTACIÓN

Me agrada mucho la costumbre que cada vez se está imponiendo más en España, de regalar libros religiosos ilustrados a los niños que hacen la primera comunión. Es verdad que muchos párrocos y centros catequísticos prefieren regalar el Nuevo Testamento, por aquello que decía el inmortal Pío XII: «que en todos los hogares debía haber al menos un libro de los Santos Evangelios».

Está muy bien que en todos los hogares cristianos tengan la Biblia o al menos el Nuevo Testamento. Pero éstos son libros que los niños no los leen, pues hoy día para que los libros atraigan a los niños deben ser pequeños y muy bien ilustrados con mucho colorido de imágenes.

Por este motivo en nuestra editorial, Apostolado Mariano, nos hemos propuesto tener las mejores colecciones de Vidas de Santos y de Vidas de Jesucristo ilustradas, que encantan a niños y mayores.

Entre las Vidas de Jesucristo que más se venden como regalos de primeras comuniones citaré: Los Evangelios Concordados Ilustrados, El Evangelio de los Niños, Vida Ilustrada de Jesucristo, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, del padre Bover, y Vida de Jesucristo en Imágenes. Todas ellas siguen a la letra los Santos Evangelios y contienen ilustraciones maravillosas y de un gran valor artístico.

Pero, aun siendo nuestra editorial eminentemente mariana, y poseyendo los mejores libros de devoción mariana, no teníamos ninguna Vida ilustrada de la Santísima Virgen que fuera propia para regalar a los niños y niñas de primera comunión. Más que nada me animó a prepararla el contacto con mis nietas. Yo ya soy viejo y enfermo, por lo que pienso vivir en este mundo pocos años; pero tengo dos nietecitas: una de siete años, que ya sabe rezar, y otra de cuatro años que le gusta seguir a la primera. Miriam, que así se llama

la mayor, tiene que empezar ya a prepararse para hacer la primera comunión, y yo que pienso que no voy a poder estar presente, le dedico desde ahora este librito, de Santa Miriam la Virgen, para que la ayude en esos momentos y la lleve de la mano a Jesús, enseñándola a ser muy buena y muy querida de Jesús toda la Vida, para que al final logre verlo en el Cielo.

Para Almudena le deseo lo mismo. También la Virgen de la Almudena es la Virgen María, y también esta vida de la Virgen es la vida de su patrona. La Virgen de la Almudena es una de tantas advocaciones de la Virgen como todas las que hemos puesto en la segunda parte de este libro: la Virgen del Carmen, la Virgen Milagrosa, la Virgen de Guadalupe, la Virgen de Lourdes, la Virgen de Fátima y la Virgen del Rosario.

Muchos incrédulos nos dicen que no sabemos si hay otra vida después de la muerte, porque nunca nadie ha vuelto del otro mundo. Pero eso es una tremenda mentira: pues del otro mundo vino Jesucristo y estuvo tres años predicando y haciendo portentosos milagros que los vieron muchísima gente, aunque poquísimos se convirtieron.

También la Virgen María ha venido muchas veces del otro mundo a darnos remedios de salvación, como hizo la Virgen del Carmen dándonos el Escapulario, la Virgen milagrosa, dándonos la medalla, y la Virgen de Lourdes y la Virgen de Fátima dándonos el gran remedio del Santo Rosario, que todos los últimos papas nos han recomendado tanto, y ahora Juan Pablo II, después de insistir mucho en que recemos el Rosario en familia, nos ha obsequiado con cinco misterios nuevos, «los misterios de la luz» que iluminarán nuestro continuo caminar hacia la meta del Cielo.

Sevilla, día de San Andrés del año 2002.

Andrés Codesal Martín

VIDA ILUSTRADA
DE LA
VIRGEN MARÍA

María en la mente de Dios

Dios vive en la eternidad, y el misterio de la eternidad es muy difícil de entender. Nos dicen los teólogos que para Dios no hay futuro ni pasado porque Él todo lo tiene presente. Ante Dios todas las cosas están presentes, igual las pasadas que las futuras. Nosotros esto no lo podemos entender, pero sí debemos creer que Dios nos conoció tal como somos desde siempre. Y desde el principio, es decir, desde siempre se complació y amó con un cariño y un amor especial a aquella criatura que un día en el tiempo, iba a nacer, la más hermosa, la más bella y la más santa de todas, a la que el Padre la eligió por su Hija predilecta, el Hijo la escoció por su Madre amantísima, y el Espíritu Santo la designó y adoptó por su sagrada Esposa santísima.

Por el pecado de Adán y Eva en el Paraíso, todos los hombres y mujeres nacemos en desgracia de Dios; esto se llama «*el pecado original*», que se nos perdona en el Bautismo por los méritos que para nosotros nos ganó Jesucristo muriendo en la cruz. Pero por una gracia especial, Dios quiso que su Madre fuera siempre santísima y que fuera concebida inmune de toda mancha desde en primer momento de su concepción.

Dice un autor: «Por ser, pues, destinada a la dignidad tan excelsa de "Madre de Dios", María fue adornada desde el primer instante de su concepción con un don de gracia tan grande, que por ella aventaja con mucho a todas las criaturas del cielo y de la tierra, a todos los ángeles y santos».

¿Por qué la Virgen María es Inmaculada? – La Virgen María por ser destinada a ser Madre de Dios es inmaculada, es decir concebida sin pecado original, pero no por sus méritos propios, sino en atención a los futuros méritos de Jesucristo, su Hijo, Salvador del género humano.

La Iglesia nos invita en su liturgia a cantarle: «*Toda hermosa eres María, y no hay en ti mancha de pecado original*».

El Concilio Vaticano II dice que, para su función maternal, la enriqueció Dios desde el primer instante con esplendores de santidad, por lo que fue común entre los Padres llamar a la Madre de Dios «toda santa e inmune de toda mancha de pecado» y como modelada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura (LG. 56). Y, por el mismo motivo la Virgen fue redimida de un modo eminente, o sea, más sublime y perfecto que todos los hijos de Adán, ya que a nosotros se nos redimió de la mancha contraída; pero a Ella se le preservó, impidiendo en Ella toda mancha. A Ella Dios la preservó para que no se manchara; pero a nosotros una vez ya ensuciados nos lavó con su preciosa sangre.

¿Quién es la Virgen María?

La Biblia considera a la Virgen como a la más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc 1, 32 y 35), «la bendita» o más alabada entre todas las mujeres, la «llena de gracia» (Lc 1, 28 y 42), la que «todas las generaciones llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48).

El Concilio Vaticano II nos dice que ella ocupa después de Cristo, el lugar más alto y más cercano a nosotros, pues Ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres».

Si alguno preguntase el porqué de este encumbramiento o exaltación de la Virgen, tendríamos que responder: porque es MADRE DE DIOS, y por sola esta prerrogativa Ella aventaja con mucho en dignidad a todas las criaturas del cielo y de la tierra.

Por ser «Madre de Dios» Ella es superior a todo cuanto existe. Sólo Dios es superior a Ella.

Por eso dice San Juan Crisóstomo: «La bienaventurada siempre Virgen María fue, a la verdad, un gran milagro. ¿Quién ha habido y puede haber, después de Dios, mayor que Ella? Nadie la ha aventajado en santidad. Ni los profetas, ni los apóstoles, ni los mártires, ni los ángeles, ni criatura alguna visible o invisible". Y Pío XII añadía: «¡Madre de Dios! ¡Qué título más inefable!... Sólo Ella, por su dignidad, trasciende los cielos y la tierra. Ninguna entre las criaturas visibles o invisibles puede compararse con ella en excelencia...».

«Por lo demás, añade San Alfonso de Ligorio que, para que podamos comprender lo que nos interesa y promover la devoción a María, debemos atender a lo que sobre el particular dicen los doctores: Dice San Buenaventura que cuantos se ocupan en publicar las glorias de María tienen asegurado el Cielo. Y lo confirma otro autor, diciendo que el honrar a esta Reina de los ángeles es lo mismo que granjear la vida eterna. Porque la agradecidísima Señora se empeñará en honrar en la otra vida al que se empeña en honrarla en ésta…»

Y ¿quiénes ignoran la promesa que hizo María a los que se empeñan en hacerla conocer y amar en este mundo? Los que me dan a conocer a los demás obtendrán la vida eterna (cuyas palabras del Eclesiástico le aplica la Iglesia en la festividad de su Inmaculada Concepción).

Regocíjate, pues, regocíjate alma mía y alégrate alabando a María, porque muchos son los bienes que están preparados para los que la alaban. Y ya que en todas las divinas Escrituras, se habla en alabanza de María, procuremos con el corazón y con la lengua celebrar siempre a esta divina Madre.

Patria y padres de Nuestra señora

El padre Ribadeneira en su «Vida de la Virgen María», dice así: «La sacratísima virgen María, Nuestra Señora, fue de Nazaret, ciudad de Galilea, e hija de padres nobles y ricos. Su padre se llamó Joaquín, natural de Nazaret; su madre, Ana, de la ciudad de Belén. Eran los dos de la tribu de Judá y del linaje real de David...». «Joaquín y Ana, –añade el padre Melús, son los nombres que una tradición, que arranca del siglo II, atribuye a los padres de la Virgen María. Son dos nombres llenos de grandeza que se esconde en la sencillez y la humildad. Dos nombres con un sentido maravilloso y providencial. Joaquín significa preparación del Señor, trabajo y constancia. La Providencia divina mueve los hilos de la historia. Durante largos siglos el Señor preparó, por medio de los profetas y patriarcas, la venida del Deseado de las naciones. Israel deseaba con ansia renovada esta llegada.

La tardanza no ahogaba los anhelos de Joaquín y Ana. Ellos se acercaban al ocaso de la vida sin descendencia. Pero seguían rezando y porfiando al Señor con oración inflamada. Su esperanza se mantuvo incólume».

Estos bienaventurados padres de la Virgen eran de vida santísima, como convenía que fuese el árbol que había de producir tal fruto. Empleaban todo su tiempo en la guarda de la Ley de Dios. Con gran cuidado dedicaban su tiempo en ayunos, oraciones y limosnas. Repartían todo lo que ganaban en tres partes: Una la empleaban para el culto divino y ministros del Templo, otra en los gastos de sus personas y familia, y la más importante la repartían entre los más pobres.

Habían vivido veinte años casados sin tener hijos, porque Ana era estéril, y por esta causa estaban tristes y afligidos; porque los israelitas tenían la esterilidad por un género de oprobio y castigo de Dios; al cual estos santos esposos suplicaban a Dios con grande instancia, de día y de noche, que les diese un descendiente, prometiéndole consagrarlo a su Divina Majestad.

Perseverando ambos esposos en sus ruegos y oraciones, un ángel se apareció a San Joaquín cuando estaba en la majada guardando el rebaño de las ovejas, y le dijo que Dios había oído sus ruegos y que tendría una hija que se llamaría María y que sería la Madre del Salvador del mundo.

La misma revelación tuvo Santa Ana. Un ángel –según algunos el mismo arcángel San Gabriel– se aparece a Ana en la Puerta Dorada del Templo y le profetiza el nacimiento de una Niña, que se llamará María y será la predilecta del Señor. «¡Oh bellísima Niña, dice San Juan Damasceno, benditas las entrañas y el vientre del que saliste!».

En el seno estéril de Ana germinó la plenitud de la gracia. En sus entrañas se realizó el sublime misterio de la Concepción Inmaculada de María, «prodigio de prodigios y abismo de milagros», dice el Damasceno. «Santa tierra estéril, que al cabo produjo, toda la abundancia que sustenta el mundo», según se expresa Miguel de Cervantes en «La Gitanilla».

Todos los antiguos anhelos se habían condensado en Joaquín y Ana, en ellos se iban a cumplir las promesas.

Fueron los padres dichosos de la niña María, que Dios luego la haría Madre de Dios y Madre nuestra. De Joaquín y Ana podemos decir que si Dios los escogió para una obra tan admirable, grandes tuvieron que ser aquellos dos corazones.

Natividad de la Virgen Nuestra Señora

Hace aproximadamente dos mil años, el día ocho de septiembre, en una casa que tenían sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores, nació esta preciosa niña, y nueve días después, que fue el diecisiete del mismo mes, según la costumbre de los hebreos, le fue puesto el nombre de Miriam –MARÍA– que entonces era un nombre muy usual en toda clase de familias.

Según la opinión de varios santos, el Señor Dios le dio a María por ángel de la guarda al mismísimo San Gabriel y a otros muchos ángeles que se gozaban enormemente de hacerle compañía.

Al cabo de ochenta días fue Santa Ana a Jerusalén a cumplir la ley de la purificación, llevando la niña al templo en sus brazos, como un tesoro precioso; y dada por ella la ofrenda acostumbrada a los primogénitos, se volvió con ella a su casa.

María era toda pura, y Dios, que más tarde había de nacer de ella para redimir a los hombres; la redimió primero Él mismo. Tan pequeña, y por sólo su belleza y gracia ya se distinguía de todas las demás.

Muy pronto empezó a sonreír, no solamente con los labios, pues también sus dulces ojos sonreían. Cualquier persona se sentía atraída y conmovida ante su rostro.

Todo su ser era una invitación al gozo y a la alegría. Comenzó a tenerse en pie, luego a andar, sujetándose con sus pequeñas y regordetas manos al vestido de su mamá o a los grandes dedos de su papá. Al mismo tiempo ya empezaba a pronunciar algunas palabras, luego nombres, y después breves frases.

Transcurría el tiempo y del bello bebé que era en sus primeros meses, la pequeña María vino a ser una dulce y gentil niña de quien todo el mundo estaba admirado. En todas sus cosas procuraba poner gran cuidado y atención. Jamás en ella se encontraba la menor falta.

Ya estuviese en casa con sus padres, ya en la calle o en la fuente con otras personas; María siempre era amable, educada y servicial. A medida que pasaba el tiempo, mejoraba en estas cosas.

Afirma San Sofronio, patriarca de Jerusalén, que el arcángel Gabriel la llamó «llena de gracia», porque mientras los otros, dice el mismo Santo, se les dio la gracia limitada, María la recibió entera, a fin de que, según dice San Basilio, pudiese ser digna Mediadora entre Dios y los hombres.

María recibió todas las gracias en grado ilimitado, y por eso es hecha Mediadora universal, para repartirlas

a los que se las piden. Y en el día de su fiesta la saluda la liturgia: «Celebramos el nacimiento de la Virgen María... Celebramos con gozo... ¿Quién es ésta que se asoma como alba? Cantamos de todo corazón la gloria de Cristo, en esta festividad del nacimiento de la Virgen María... Hoy es el nacimiento de María Santísima, cuya vida ilustra da esplendor a toda la Iglesia... Hoy ha nacido la Virgen María del linaje de David. Por ella vino la salvación del mundo a los creyentes, y por su vida gloriosa todo el orbe quedó iluminado... Tu nacimiento, Virgen Madre de Dios, anunció la alegría de todo el mundo...

¡Felicidades, Madre! Felicidades por Ti, por tu nacimiento. Felicidades, Madre, porque ibas creciendo en el oscuro camino de la fe. Felicidades, Virgen peregrina, porque nos enseñas la ruta de la santidad. Felicidades Madre, porque por Ti nos llegó hasta nosotros el Salvador del mundo. ¡Ojalá que Aquel que vino a este mundo por Ti, nos lleve a todos contigo a la morada eterna donde siempre vivió!

Presentación en el Templo

Siendo ya de tres años, para cumplir el voto que habían hecho de ofrecerla al Señor, la llevaron sus padres a Jerusalén, y la ofrecieron en el Templo el veintiuno de noviembre, con las ceremonias que en semejantes ofrendas, se usaban. Declararon al sacerdote el voto que habían hecho, encargándole que tuviese cuenta con su hija, como cosa dedicada ya a Dios, y que la pusiesen entre las otras doncellas que le servían, junto al templo en una casa edificada para este efecto, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y apartadas del ruido y bullicio podían ocuparse en santos y loables ejercicios, y entrar fácilmente en el mismo templo a hacer oración.

Admiró a todos por extremo la belleza y gracia de la bienaventurada niña, y más la prontitud y alegría con que se despedía de sus padres y se dedicaba al Señor, sacando por aquellos pequeños indicios las grandes y maravillosas obras que Dios había de obrar en aquella, que de tan tierna edad había escogido para su servicio.

Fue recibida la santa niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demás, y luego comenzó a resplandecer en aquella casa material de Dios la que era verdadero y espiritual, templo suyo. Allí aprendió muy perfectamente a hilar lana, lino, seda y holanda, y coser y labrar las vestimentas sacerdotales, y todo lo que era menester para el culto del templo, y después para servir y vestir a su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leía a menudo con mucho cuidado, y meditaba con grande dulzura, las divinas Escrituras, las cuales, con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo que el Señor le infundía, entendía perfectamente.

Su ocupación principal era la oración, en la intimidad con Dios desde la madrugada hasta la hora de tercia; desde la hora de nona en adelante ocupaba también el tiempo en el trabajo en oración, hasta que aparecía el Ángel del Señor, de cuyas manos recibía el alimento. Leía asiduamente también las Sagradas Escrituras. Tenía un programa de vida detallado. Se destacaba de sus compañeras en todo lo bueno.

«Era tan dócil a las instrucciones que recibía, que no había ninguna más pronta que ella para las vigilias, ninguna más erudita en la ciencia divina, ninguna más agradable en su sencillez, ninguna interpretaba con más donosura la salmodia, ninguna era mas gentil en su caridad, ni más pura en su castidad, ni más perfecta en cualquier virtud «(Evangelio del Pseudo-Mateo 6, 2).

Voto de virginidad

Vivió en esta manera de vida hasta los doce años de su edad en la que murieron sus santos padres, muy viejos, casi de ochenta años, sin haber tenido más hijos, sino solamente a María.

Estando aquí en el templo, con encendido deseo y amor de la virginidad, que el Espíritu Santo le inspiraba, hizo voto de guardarla perpetuamente, y fue la primera que hizo esta manera de voto y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó a tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas para que la abrazasen, y por no perderla muchos prefirieron perder sus vidas. Y por esto se llama Virgen de las vírgenes, como Maestra y capitana de todas ellas. Porque, aunque es verdad que, en el Viejo Testamento algunos permanecieron castos toda su vida, como José, Melquisedeeh, Elías, Elíseo, Jeremías y los tres mozos del horno de Babilonia; pero cosa cierta y averiguada es que ninguno se obligó con la obligación del voto, y Nuestra Señora fue la primera que, sin ejemplo que imitar, se consagró a Dios con el voto y así se ofreció a Dios.

Siendo ya María de edad para casarse, pareció bien a los sacerdotes que la Virgen tomase marido, como lo hacían las demás de su edad. Más como Ella entendiese que trataban de casarla, respondió con humildad y modestia que aquello no podía ser, porque sus padres la habían ofrecido a Dios y ella había hecho voto de perpetua virginidad. Se admiraron todos los sacerdotes de oír cosa tan nueva, y trataron si sería bien casarla con algún sacerdote, en cuya compañía perseverase en el servicio del templo; mas esto no tenía lugar, porque por ser única de sus padres, había heredado, y según la ley era forzoso casarse con un hombre de su mismo linaje y familia.

Desposorios con San José.– Entre los muchos que se presentaron a solicitar su mano, le cupo la suerte a San José. La Virgen tuvo revelación del Señor que obedeciese a los sacerdotes y que no temiese, porque el elegido por Dios, la guardaría y respetaría. Le cupo la dichosa suerte a José el carpintero, de la tribu de Judá, natural de Belén. Se desposaron teniendo María trece años de edad.

Entre tanto, la Virgen volvió a Nazaret y habitó la casa de sus padres, que ella, como hija única, había heredado.

San José era una figura sencilla y humilde, silenciosa y pobre en apariencia, pero Dios le ha encomendado una misión única y maravillosa. Este hombre del silencio es un hombre sencillo, aun en medio de los bienaventurados. Era de estirpe real, de la familia de David. Dios le muestra un amor preferencial.

Anunciación del nacimiento del Bautista

Hubo en tiempo de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías del turno de Abías, casado con una mujer, descendiente de Aarón, que se llamaba Isabel. Ambos eran justos a los ojos de Dios, pues guardaban de manera irreprensible todos los mandamientos y preceptos del Señor. Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos ya avanzados de edad.

Estando una vez de oficio en su turno en el servicio de Dios, y, según uso del sacerdocio, le tocó en suerte entrar a incensar en el templo del Señor, y toda la muchedumbre del pueblo quedaba fuera orando mientras el tiempo de incensar. Entonces se le apareció un ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Zacarías, al verle, se turbó y se sobrecogió de temor. Mas el ángel le dijo: ¡No temas Zacarías! pues tu oración ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará un hijo, al cual pondrás por nombre Juan. Será para ti gozo y alegría, y muchos se gozarán por su nacimiento. Porque será grande delante del Señor, no beberá vino ni bebida alguna fermentada, y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor su Dios. y caminará delante de Él con el espíritu y el poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y reducir los rebeldes a la prudencia de los justos, y preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.

Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo podré cerciorarme de esto? Porque yo soy viejo y mi mujer de edad avanzada. El ángel le respondió: Yo soy Gabriel, el que está en la presencia de Dios, y fui enviado para hablarte y darte esta buena noticia. ¡Mira! quedarás mudo, sin poder hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no creíste en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo. El pueblo estaba esperando a Zacarías y se admiraba de que tardara tanto en el templo. Cuando, por fin, salió, no podía hablarles, por lo que entendieron que había tenido alguna visión en el templo. Él estuvo tratando de dárselo a entender por señas, y siguió mudo.

Luego que se cumplieron los días de su ministerio, marchó a su casa. Después de esos días concibió Isabel, su mujer, y se ocultó durante cinco meses, diciendo: ¿Por qué así me ha tratado de esta manera el Señor haciéndome esta merced de borrar mi afrenta ante los hombres cuando Él quiso? Todos los que lo oían bendecían a Dios, diciendo: ¿Qué será de este Niño? Porque se veía que la mano del Señor estaba con él. Su padre fue lleno del Espíritu Santo y profetizó, diciendo: «Tú niño, serás llamado profeta del Altísimo…».

La Anunciación del Verbo

Seis meses después de haber quedado embarazada Santa Isabel, fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; la virgen se llamaba María. Entrando el ángel donde ella estaba, la saludó, diciendo: «¡Salve, llena de gracia, el Señor es contigo!

Ella se turbó por estas palabras y por las alabanzas que le daba, de las cuales ella se tenía por indigna.

El ángel, animándola, le dijo: «No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, y vas a concebir en tu seno y darás a luz un Hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Éste será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reinado no tendrá fin».

Entonces dijo María al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón?

El ángel le respondió y dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo de cubrirá con su sombra: por lo cual, lo que nacerá de ti santo, se llamará Hijo de Dios.

Y el ángel añadió: Y has de saber que Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está en el sexto mes la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible».

El «fiat» de la Encarnación

Con esta seguridad, obedeciendo a la voluntad del Señor y humillándose profundísimamente hasta el abismo de su nada, dio el sí, y consintió en la embajada, diciendo aquellas dulcísimas palabras, que alegraron el cielo y santificaron la tierra: «He aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, según tus palabras» (Lc 1, 28). En aquel momento, EL VERBO SE HIZO HOMBRE. Desde lo más alto, del cielo descendió a aquel otro cielo que era el seno de la Virgen, recreándose en sus entrañas, de la que desde aquella hora era verdadera Madre de Dios.

Y como fundamento y fruto de la virginidad, la humildad obediente: «He aquí la esclava del Señor». Dios, Padre admirable, tiene la delicadeza de pedir nuestra colaboración a sus planes grandiosos. Santa María correspondió como es debido, con el sí total, el sí de esclava: «Hágase tu voluntad».

Gracias Santa María, toda pura, toda obediente, por tu aroma y tu testimonio, el más valioso, modelo atrayente para la santidad y la obediencia de todo religioso y de todo cristiano.

Con una respuesta tan llena de humildad, María aceptó lo que Dios le propuso: se entregó a la voluntad de

Dios como una verdadera esclava. Y en aquel mismo instante se realizó el mayor de los milagros: el que era desde la eternidad verdadero Dios, en aquel momento se despojó de su divinidad y se convirtió en un hombre mortal.

El Niño Jesús era verdadero Dios y verdadero hombre; pero ocultando su divinidad, apareció ante nosotros como un niño cualquiera, que pasa hambre y pasa frío, que puede enfermar y que poco tiempo después de nacer tiene que huir al desierto de Egipto porque el rey Herodes lo busca para matar.

Esta visita que el Arcángel San Gabriel hizo a la Virgen en su casita de Nazaret, ha sido la más importante del mundo, porque de la respuesta que le diera María dependía la salvación de todo el género humano; los que nacieron desde el principio del mundo y los que todavía nacerán hasta el fin de los siglos.

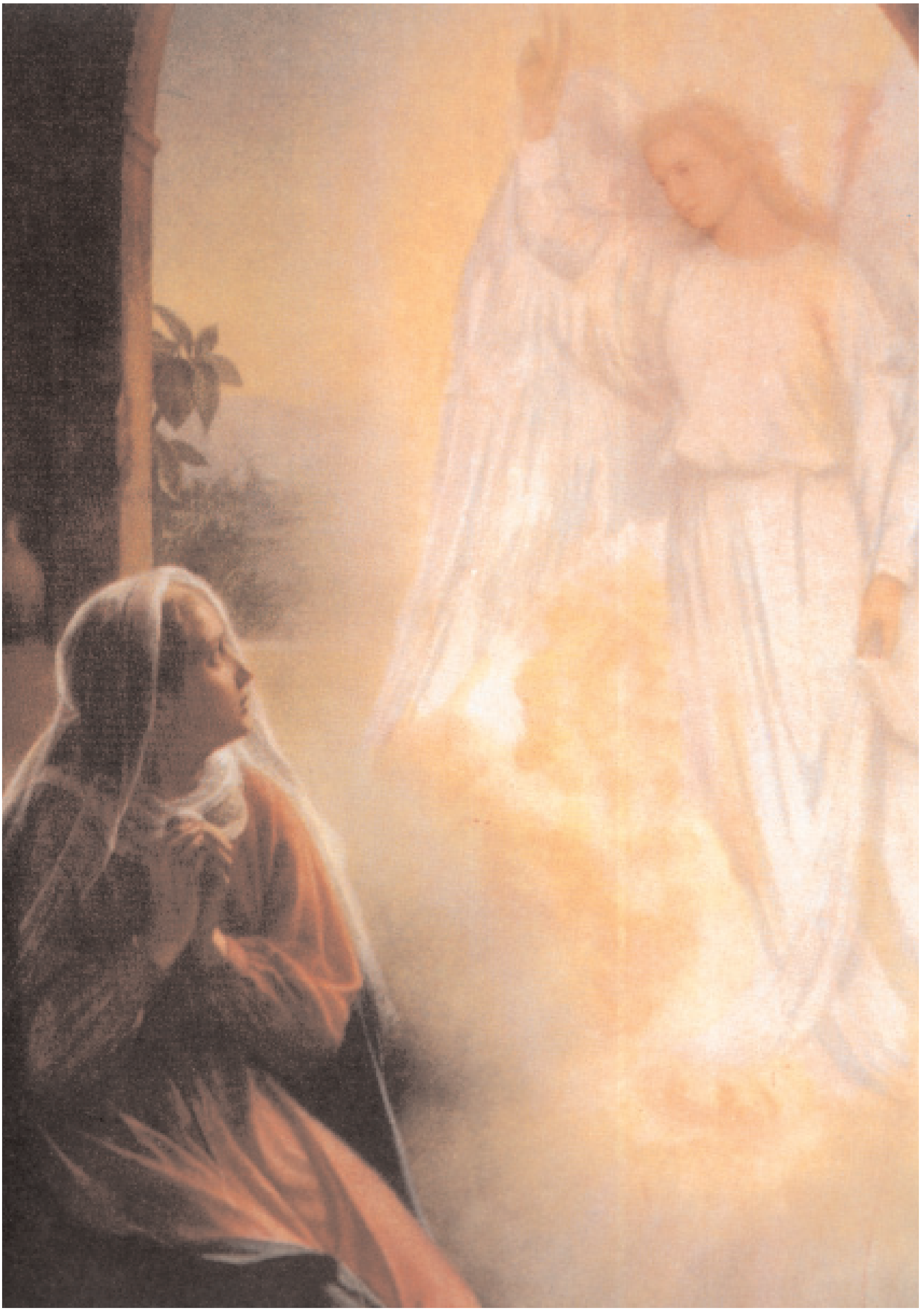
Por haberse hecho Cristo hombre, todos podemos salvarnos, pues «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 2).

¿Verdad que a tan valiente y generosa joven de Nazaret, bien le podemos decir «gracias» por no haber pensado en ella misma ni un sólo instante y haber aceptado con gusto, una misión que ella sabía le iba a importar muchos sufrimientos, pues conocía las Escrituras y los dichos de los profetas, donde nos dicen todo lo que tendría que sufrir Jesús hasta morir en una cruz, estando ella presente y sufriéndolo todo en compañía con Él?

Diciendo «Sí» al ángel, María se convirtió en la Madre de Dios, y también se hizo Madre de todos los hombres; porque como nos dice el Apóstol: «Todos somos un solo cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros» (Rm 12, 5). «Cristo es nuestra cabeza y todos nosotros sus miembros» (Ef 4, 15-16). ¡Luego todos somos hijos de María! ¡Qué dicha poder llamarla «Madre»!

En el mismo momento en que María pronunció su trascendental fiat, el Verbo de Dios se hizo hombre en sus virginales entrañas y empezó a habitar entre nosotros.

A lo largo de la conversación de María con el ángel aparecen claramente su sencillez, su prudencia y sabiduría, su fe, su obediencia y su humildad. La pregunta formulada por María no envuelve duda ninguna ni pone condición alguna; es la pregunta del que desea informarse sobre el modo en que se realizará el gran misterio. Su fe en la revelación del ángel fue completa y sin reservas. Por tanto, su consentimiento, sabiendo que iba a ser Madre de Dios, no fue pasivo, sino que fue totalmente libre y sin coacción.



Visita de María a Isabel

El ángel Gabriel había anunciado otra gran noticia a María: que su prima Isabel esperaba un hijo. Isabel y su esposo Zacarías eran de edad avanzada y estaban un poco desolados viéndose envejecer solos. Ya había muchos años que habían perdido la esperanza de tener hijos, pues, a su edad, solamente con un milagro podían tener un hijo.

Pero Dios hizo ese milagro, y el ángel Gabriel se lo contó a María, y es por eso que a la Virgen le entraron unas ganas locas de viajar nada menos que 120 kilómetros a pie, con cuestas, bajar desde Nazaret y luego subir hasta los 750 metros sobre el mar de Jerusalén, por caminos difíciles y embarrados, serían al menos unos cuatro días de viaje.

Deseaba, sobre todo, compartir con ella la común alegría y aclamar a los cuatro vientos las grandezas y las misericordias de Dios, con alguien que la comprendiera.

Y también quería ayudar a su prima, porque María no ignoraba que el nacimiento de un niño supone mucho trabajo en una casa, y más a su prima por ser ya de avanzada edad.

Por fin, después del largo viaje, llega María a la casa de Isabel, y llamando a la puerta, saludó a Isabel. Pero Isabel, en vez de corresponder al natural saludo de su prima, llena del Espíritu Santo, prorrumpió en alta voz, diciendo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿De donde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme? Pues apenas llegó la voz de tu salutación a mis oídos, brincó de gozo el hijo en mi seno. ¡Dichosa la que creyó que tendría cumplimiento lo que se le dijo de parte del Señor!». Dijo entonces María:

«Mi alma alaba al Señor, y salta de gozo mi espíritu en Dios mi Salvador; porque puso los ojos en la pequeñez de su sierva. Por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque en mí obró grandezas el Poderoso, cuyo nombre es Santo. Su misericordia se extiende de generación en generación sobre todos los que le temen. Hizo grandes cosas con su brazo, y dispersó a los soberbios y engreídos pensamientos. Derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes; a los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos despachó vacíos. Acogió a Israel su hijo, y tuvo de él misericordia, según prometió a nuestros padres, a Abraham y a toda su descendencia por siempre». Y María permaneció con ella como unos tres meses, y luego se volvió a su casa.

Permaneció en aquella casa hasta después de nacer San Juan. Tres meses sirviendo a Isabel, con toda la humildad de una criada. Y sirviéndonos a nosotros de ejemplo que deberíamos estar ansiosos de imitar.

Desposorios de María y José
(Mt 1,18-25)

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: Desposada su Madre María con José, antes de que conviviesen se halló que había concebido del Espíritu Santo. José, su marido, como era justo y no quería denunciarla, resolvió despedirla en secreto. Mientras andaba él con estos pensamientos, un ángel del Señor se le apareció en sueños, y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir contigo a María tu mujer, puesto que lo concebido en Ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús; porque Él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el profeta: «He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le llamarán de nombre Emmanuel» (Is 8, 8), que traducido significa «Dios con nosotros».

Despertado José del sueño, hizo lo que le mandó el ángel del Señor. Tomó consigo a su mujer, y, sin haberla conocido, ella, dio a luz su hijo, y le puso por nombre JESÚS.

Comenta el padre Urrutia: «El disgusto de San José al ver que María iba a tener un hijo, debió ser mayúsculo.

¿Cómo es posible que María? Y ahora según la ley debía denunciarla. Siempre había querido por encima de todo cumplir la ley. Pero conocía lo suficiente a María para estar cierto que no, que era absolutamente imposible fuese infiel. Por eso en conciencia no pudo denunciarla. Entonces ¿qué hacer? Sólo se le ocurrió abandonarla, aunque hubiera preferido morir.

–¿Y la Virgen no se daba cuenta de la terrible angustia de su esposo? ¿Por qué no le aclaró la situación?

–Tal vez Dios le mandó guardar secreto o Ella no se atrevió a revelarlo sin permiso. En todo caso, no cabe duda que, aun sin perder nada de su completa confianza en Dios, tuvo que sufrir mucho viendo la angustia de su esposo, y quizá sin saber el porvenir suyo y de su Hijo, si era repudiada...».

Pero todo quedó aclarado con la visita del ángel a José, y desde aquel momento ya no solamente la tuvo por Santa, sino mucho más, pues era la Madre de Dios y Esposa del Espíritu Santo. Él no se consideraba digno vivir bajo su mismo techo, pero, obediente a Dios, hizo lo que le había mandado el ángel y la recibió en su casa.

Dios que eligió para Madre a la más santa y a la más virtuosa de todas las mujeres, no es de extrañar que también eligiera entre todos los hombres al más santo, al más perfecto y al más virtuoso para que hiciera las veces de padre.

Viaje a Belén (Lc 2, 1-7)

«Por aquellos días salió un decreto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este primer censo se hizo cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a inscribirse cada cual a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, hacia Judea, a la ciudad de David, para inscribirse en el censo juntamente con María, su esposa, que se hallaba en cinta. Estando allí, se le cumplió el tiempo de su alumbramiento y dio a luz a su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en la posada.»

Después de un largo camino lleno de incomodidades, los Santos Esposos llegaron a Belén, y no hallaron quien los albergase. Se recogieron en una cueva, que estaba fuera y pegada a los muros del pueblo, donde se solían acomodar los animales. Había paja seca y San José lo adecentó 1o que pudo, preparando el mejor sitió para que descansara la Virgen, mientras San José se recostó en un cercano lugar. Y en aquel vil y desabrigado establo dio a luz la Virgen a Dios encarnado, y habiéndolo envuelto en los pañales, le reclinó en el pesebre adorándole como a Dios, y reverenciándole como a Señor, y besándole como a hijo.

No encontraron lugar para ellos en el mesón.

Los pastores ante el pesebre
(Lc 2, 8-20)

«En aquel contorno estaban unos pastores acampados al raso, velando de noche por turno su rebaño, cuando se les apareció un ángel del Señor y la gloria del Señor los envolvió con su luz, por lo que se asustaron grandemente. Mas el ángel les dijo: ¡No temáis! porque os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo: Hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo, el Señor. Y ésta es la señal: Hallareis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De repente apareció con el ángel una muchedumbre del ejército celestial que alababan a Dios, diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres de buena voluntad!

Cuando los ángeles desaparecieron volviendo al cielo, los pastores se decían unos a otros: ¡Vayamos a Belén a ver esto que ha ocurrido y que nos ha manifestado el Señor! Fueron presurosos y encontraron a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oyeron se admiraban de lo que les narraban los pastores. María, por su parte, guardaba y ponderaba todas estas cosas en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando a Dios por todo lo que oyeron y vieron conforme se les había dicho.

Estando allí se cumplieron los días de su parto. María y José llevaban ya varios días en Belén. El alumbramiento de la Virgen tuvo lugar en una noche, cuando los pastores velaban sus rebaños en la majada, probablemente en el mes de diciembre. Una antiquísima tradición adoptada por la Iglesia celebra el nacimiento del Hijo de Dios el 25 de dicho mes.

María dio a luz a su hijo primogénito y lo envolvió entre pañales. Lo hizo Ella misma, sin ayuda de extraños. Algunos comentaristas ven en este detalle, consignado de forma expresa por el evangelista, su intención de enseñar que así como María había concebido milagrosa y virginalmente, sin testigos, así dio a luz a su hijo, Madre y Virgen también, sin más testigos que su esposo asociado a su nacimiento.

El relato evangélico es sencillo, sobrio, pero de un denso y profundo contenido. Consigna el gran misterio del amor de Dios hacia la Humanidad necesitada de salvación, su venida a vivir entre los hombres, «Dios con nosotros», el Emmanuel.

Los ángeles espabilaron a los pastores con cánticos de alegría, como de alegría fue el saludo del arcángel San Gabriel y el de María a Isabel.

Circuncisión y presentación de Jesús en el Templo
(Lc 24-21-40

Luego que se cumplieron los ocho días, fue el Niño circuncidado, le pusieron por nombre Jesús, el mismo que le fue dado por el ángel antes de que fuera concebido.

Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la ley. «Todo varón que nazca el primero será consagrado al Señor» (Ex 13, 2). Y para ofrecer un sacrificio, según lo dicho también en la Ley del Señor: Un par de tórtolas o dos pichones (Lev 12, 8).

La profecía de Simeón. Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que estaba esperando el consuelo de Israel, y en él moraba el Espíritu Santo. El mismo Espíritu Santo le había revelado que no moriría sin ver antes al Ungido del Señor. Fue al Templo movido por el Espíritu, y cuando los padres llevaron al Niño para cumplir con Él las prescripciones de la ley, él lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo:

¡Ahora ya puedes, Señor, dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación, que preparaste a la faz de todos los pueblos. Luz para revelarse a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel!

El padre y la madre del niño estaban admirados por lo que decía: de Él. Simeón los bendijo y dijo a María su madre: Puesto ha sido éste para caída y para resurrección de muchos en Israel y para ser una señal de contradicción, y una espada atravesará tu alma para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones.

La profetisa Ana. Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy mayor, que tenía 84 años. Se había casado joven y a los siete años se quedó viuda. No salía del Templo, sirviendo a Dios día y noche con oraciones y ayunos. Acercándose en aquel momento comenzó a glorificar a Dios y hablaba del Niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

Cuando cumplieron todo lo ordenado por la Ley del Señor, se volvieron para Galilea, a su ciudad de Nazaret.

El Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba con Él.

A los cuarenta días de haber tenido un hijo, la madre israelita debía ir al Templo y ofrecer un cordero y un pichón como expiación por los pecados. Si era pobre bastaban dos pichones. María ofreció dos pichones, lo que indica que era pobre.

Adoración de los Magos
(Mt 2, 1-12)

Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en tiempo del rey Herodes, unos magos desde el Oriente se llegaron a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle. Al oírlo se turbó el rey Herodes y toda Jerusalén, y, congregando a todos los pontífices y escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Mesías. Ellos dijeron: En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta:

«Tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el guía que apacentará a mi pueblo, Israel (Miq 5, 2).

Entonces Herodes llamando en secreto a los magos, se informó cuidadosamente de ellos acerca de la aparición de la estrella, y, enviándolos a Belén, les dijo: Id y preguntad diligentemente por el niño, y, cuando le encontréis, avisarme, para que yo también vaya a adorarle. Ellos, después de que oyeron al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella, que vieron en Oriente, marchaba delante de ellos hasta que llegó y se puso encima de donde estaba el niño.

Al ver la estrella se alegraron muchísimo. Y, llegando a la casa, vieron al Niño con María su Madre, y, postrándose, le adoraron, y abriendo sus tesoros, le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra. Avisados en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

* * *

En Belén había de nacer, según la profecía de Miqueas (5, 1) el Pastor de Israel, y si humildes pastores son las primicias de su pueblo y sus preferidos –por humildes y por pastores, imagen de sus apóstoles–, luego los Magos son símbolo de los gentiles, de todas las razas, llamadas a ser único rebaño del Pastor ahora recién nacido, al que ofrecen oro como a rey, incienso como a Dios, mirra como a hombre.

Los Magos serían ricos príncipes, por sus dones, pero no parece fueron reyes. Seguramente pertenecían al imperio Persa, serían asirios o medos, los cuales eran muy versados en astrología. Desde luego eran sabios. Con ellos la ciencia profana adora por primera vez a Jesucristo. Serían amigos entre sí. No hay razón para suponer que uno fuese negro. No se sabe con seguridad cuántos eran ni cómo se llamaban. A partir del siglo VIII se generalizaron estos tres nombres: Melchor, Gaspar y Baltasar, que significan respectivamente: Rey de la Luz, Tesorero y Protegido del Señor.

Conocían la Sagrada Escritura, y vieron aparecer la estrella del esperado rey de los judíos. ¿Cómo supieron lo que significaba? ¿Qué estrella era? ¿Un cometa o meteorito? ¿Una conjunción de Saturno, Júpiter y Marte del año 7 a. C.? ¿Un astro milagroso ya que aparece y desaparece y se para –lo cual es inexplicable–? En todo caso vemos que Dios se comunica también a los paganos que le adoran de buena fe, como se comunicó al Santo Job y a Abraham.

Llegaron después de la presentación del Niño Jesús en el Templo, en febrero; puesto que tras ellos la Sagrada Familia huyó a Egipto. Tal vez después de la Presentación hablasen con Herodes, éste a los pocos días ordenó la matanza de los inocentes y como castigo murió, de una enfermedad fulminante, en mes y medio. Otros, como dijimos, suponen la llegada de los Magos en enero, pero un año después del nacimiento de Jesús, demasiado tarde (¿Por qué iban a tardar tanto en llegar, habiendo buenas vías comerciales y en tiempo de paz?).

Encontraron al Niño en una casa: esto no indica que llevara ya un año en Belén, pues allí, desde luego, estuvieron más de cuarenta días, y la cueva sería la solución provisional de una noche o de varios días. Es natural se quedasen en Belén para no tener que volver, a los cuarenta días al Templo, pero no es verosímil dejasen su casa, su modo de vida y clientela de Nazaret para instalarse donde ni tuvieron amigos que les recibiesen. Por tanto, no es razonable la hipótesis de que llevasen viviendo un año en Belén.

Los Magos nos dan el gran ejemplo de seguir la estrella de Jesús. Conocen la buena nueva de su nacimiento, probablemente también otros Magos la conocerían, pero son ellos los que se ponen en camino, camino nada fácil, para ofrecerle sus tesoros. Por algo la Iglesia los venera como santos el 6 de enero.

(Padre Urrutia: «Todo el Evangelio»).

Magos se llaman los sabios de Persia y de Caldea. El Evangelio no les atribuye dignidad real ni dice cuantos eran; pero ya San Agustín y con él la tradición, nos dice que eran príncipes o reyes, y por el número de dones se han señalado a tres, a los que la misma tradición ha designado con estos nombres: Melchor, Gaspar y Baltasar. Esta fiesta se llama «Epifanía», palabra griega que significa «manifestación» del Niño-Dios al mundo pagano o gentil en la persona de los Magos. Notemos también, que dice el texto sagrado: «Postrándose le adoraron». La adoración sólo se debe a Dios, lo que indica que ellos le reconocieron como Dios.

Huida a Egipto (Mt 2, 13-15).

Luego que se fueron los Magos, un ángel del Señor se presentó en sueños a José y le dijo: Levántate, toma contigo al Niño, y a su Madre, huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al Niño para matarle. Se levantó, tomó al Niño y a su Madre de noche, y marchó a Egipto, y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el profeta: «De Egipto llamé a mi hijo» (Os 11, 1).

Comenta el padre Ribadeneyra: «Acabada aquella ceremonia y solemnidad de la purificación de la Virgen, fue necesario huir aprisa a Egipto, para escapar el Niño de las manos del impío rey Herodes, el cual le procuraba matar. Mas el ángel apareció en sueños a José y le mandó que luego se levantase y tomase al Niño y a la Madre y se fuese a Egipto, y que estuviese allí hasta que fuese avisado.

Y pregunta el padre Urrutia: –¿Dónde se estableció la Sagrada Familia en Egipto, y cuánto tardarían en llegar? –En el Cairo una iglesia copta se levanta donde dicen vivió.

El camino lo harían de Belén a Gaza, junto a la costa, para seguir por la famosa «vía maris». Tardarían unas dos semanas, por lo menos, en recorrer los 500 kilómetros de Belén a El Cairo».

Y continuando Ribadeneyra, dice: «José lo hizo así, y por caminos apartados y desiertos, con gran trabajo e incomodidad y solícito cuidado, hicieron aquella larga jornada, y llegaron a Egipto. Aquí pasaron la vida con gran necesidad y pobreza, por ser extranjeros y no conocidos, y no con menos pavor y sobresalto. Porque, aunque estaban muy confiados que el Señor guardaría aquel Niño, todavía el amor era causa del temor y no los dejaba reposar.

Pero lo que más afligía a la Virgen era ver la ceguedad de aquellos pueblos en que vivían, los cuales, dejando a Dios verdadero, adoraban por dioses a las obras de sus manos, y al cocodrilo, y a las serpientes y otras sabandijas, y en ellas a los demonios, que los traían engañados».

Herodes burlado. Herodes al verse burlado por los Magos, se enfureció y mandó matar a todos los niños de Belén y sus alrededores, menores de dos años, según el tiempo que había averiguado de los Magos... El padre Urrutia considera que debieron morir entre 20 ó 30 niños. ¡Qué pena la de la Virgen al saber que aquella matanza la había hecho el rey por odio a su propio Hijo!

Si a Herodes Dios le castigó tanto por haber matado 30 niños; ¡qué castigo merecerán los abortistas que matan millones!